

Familia, escuela y desarrollo personal en adolescentes de Puerto Vallarta

**Mtro. Jorge Alejandro Sánchez Castellón¹, Dr. Marco Antonio Cortés Guardado² y
Dr. Gonzalo del Moral³**

Resumen— En los recientes Informes sobre Desarrollo Humano, un porcentaje significativo de las personas en la mayor parte de los países han mejorado sus niveles de desarrollo humano a un ritmo constante. Los avances en tecnología, educación e ingresos presentan perspectivas aun más prometedoras en términos de vidas más longevas, sanas y seguras. No obstante, en la actualidad existe también un amplio sentimiento de precariedad en el mundo con respecto a los medios de vida, la seguridad personal, el medio ambiente y la política mundial. Los grandes logros conseguidos en dimensiones clave del desarrollo humano, como por ejemplo la salud y la nutrición, pueden verse rápidamente socavados por un desastre natural o una recesión económica. Los robos y agresiones pueden empobrecer a las personas desde el punto de vista físico y psicológico. La corrupción y las instituciones estatales poco efectivas pueden dejar sin recursos a aquellos que necesitan asistencia (PNUD, 2014).

El presente trabajo hace énfasis en el análisis de las relaciones familiares y los contextos educativos, como dos ejes significativos que sustentan el desarrollo humano de cualquier individuo, en especial a los jóvenes quienes inician la construcción de su auto concepto, autoestima y estilos de socialización con los que se desenvolverán el contexto social y económico.

Palabras clave— Familia, Educación, Desarrollo personal, Diagnostico, Aprendizaje.

Entendemos a la familia como la estructura inicial facilitadora y modeladora de comportamientos y actitudes que se replicaran en primera instancia en los contextos educativos y sociales básicos, dotando al adolescente de recursos de interacción, ajuste y resiliencia para eventos futuros, como lo es la vida laboral y el desarrollo social-económico asertivo.

El presente trabajo explora la realidad de los jóvenes residentes de Puerto Vallarta, ciudad turística ubicada en las Costas de Jalisco, cimentada en las actividades turísticas como un eje que directa o indirectamente modela las actividades y competencias de quienes residen en ella de manera permanente y a su vez generan fenómenos migratorios de personas y familias de otros estados de la republica y del extranjero, que encuentran en el puerto actividades y un contexto favorable para ejercer sus actividades profesionales, fenómeno que nos interesa en particular por la variedad de concepciones y construcciones de familia de los jóvenes que participan y se desarrollan en los espacios educativos vallartenses.

En consecuencia, el progreso real relativo al desarrollo humano no solo hace referencia a la ampliación de las opciones de vida de las personas y su capacidad de recibir educación, estar sanas, disponer de un estándar de vida razonable y sentirse seguras, sino que también es cuestión de lo sólidos que sean estos logros y de si se cuenta con las condiciones suficientes para el desarrollo humano sostenible. No se puede rendir plena cuenta del progreso en desarrollo humano sin explorar y evaluar la triada formada en la interacción de las estructuras familiares, escolares y el desarrollo personal, en este caso del adolescente, periodo en el que haremos énfasis por la vulnerabilidad que representa este periodo (PNUD, 2014).

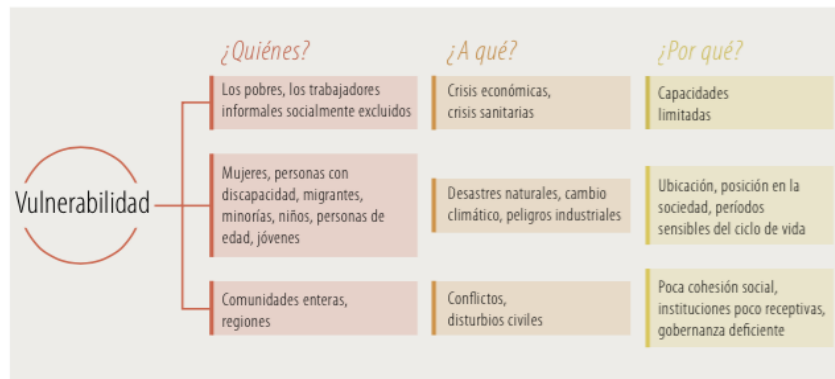
Tradicionalmente, el concepto de vulnerabilidad se utiliza para describir la exposición al riesgo y la gestión del mismo, incluidos el asegurarse contra un acontecimiento adverso y la diversificación de los activos e ingresos. En el presente se ha adoptado un enfoque más amplio y se han enfatizado las estrechas relaciones entre la reducción de la vulnerabilidad y el fomento del desarrollo humano. Introducimos el concepto de vulnerabilidad humana para describir la posibilidad de deterioro de las capacidades y opciones de las personas.

Según el PNUD, la vulnerabilidad como concepto es menos abstracta si hacemos un desglose de quienes, a qué y por qué lo son (Figura 1).

¹ Jorge Alejandro Sánchez Castellón es Profesor e Investigador en el Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara, Puerto Vallarta, Jalisco. sanchezj@cuc.udg.mx

² Marco Antonio Cortés Guardado es Profesor e Investigador en el Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara, Puerto Vallarta, Jalisco. marco@cuc.udg.mx

³ Gonzalo del Moral Arroyo es Profesor e Investigador en la Universidad de Pablo de Olavide, Sevilla, España. gonzalodelmoral@gmail.com



Fuente: Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano.

Figura 1. Grafico propuesto por el Informe del PNUD 2014 identificando áreas de vulnerabilidad y atención.

En particular, hacemos hincapié en las fuentes sistemáticas y perennes de la vulnerabilidad y preguntamos el motivo por el cual algunas personas se sobreponen mejor a la adversidad. Las personas experimentan diferentes grados de inseguridad y tipos de vulnerabilidad en distintos momentos a lo largo de su ciclo de vida. Por su naturaleza, los niños, adolescentes y las personas mayores son vulnerables, por lo que nos preguntamos qué tipos de inversiones e intervenciones pueden reducir la vulnerabilidad durante los periodos de transición más sensibles del ciclo de vida (PNUD, 2014).

En este trabajo se argumenta a favor de la necesidad de mejorar de manera sostenible las capacidades de los individuos y las sociedades a fin de reducir estas vulnerabilidades persistentes, muchas de ellas estructurales y ligadas al ciclo de vida, haciendo énfasis en que el progreso debe centrarse en el fomento y construcción de la resiliencia del desarrollo humano.

La adolescencia es un periodo de transición donde los jóvenes empiezan a vivir cambios intensos, tanto físicos como cognitivos, donde inician la toma de decisiones sobre su forma de pensar y actuar según las situaciones que se presenten. Diversos autores describen esta etapa de la vida como una etapa de transiciones entre la infancia y la adultez. Las concepciones actuales la caracterizan como un periodo de ajuste a diferentes cambios del desarrollo entre los 12 y 20 años. La etapa adolescente es uno de los periodos decisivos en la vida, ya que ocurren cambios no sólo de tipo biológico, sino también psicológicos y sociales. La adolescencia es una realidad que forma parte de un sistema social determinado, y es de ese entramado social que es necesario analizar las dificultades y problemas de los adolescentes (Antona, Madrid & Aláez, 2003). La Organización Panamericana de la Salud (Burth, 1998), define la adolescencia como el periodo de vida en el cual el individuo debe hacer frente a las tareas de establecer una identidad personal satisfactoria y de forjar lazos interpersonales fuera de la familia. Por su parte, la Organización Mundial de la Salud define la etapa de la adolescencia como “la época de la vida que acontece entre los 10 y 19 años” (Rodríguez, 2003, p. 104).

Los adolescentes constituyen aproximadamente el 20 por ciento de la población mundial (OMS, 1997), en México hay una población total de 103.3 millones de personas de los cuales el 20.4 por ciento se encuentra entre los 10 y los 19 años, según el II Censo de Población y Vivienda 2005, del Instituto Nacional de Estadística y Geografía en México (INEGI, 2006).

Debido a que es una etapa caracterizada por crisis evolutivas y tener un importante porcentaje dentro de este rango de edad, cada día diversas instituciones o grupos de investigación resaltan la necesidad de estudiar su travesía durante el proceso de esta etapa de la vida, además de indagar las distintas problemáticas que envuelve al joven adolescente.

Este grupo de la población mundial está, en cierta medida, amparado por organizaciones interesadas en su porvenir. Como resalta Burt (Organización Panamericana de la Salud, 1998, p. 55), es importante invertir en los adolescentes, “tanto para prevenir las consecuencias negativas de potenciales conductas de riesgo, como para promover el crecimiento sano, la adquisición de competencias y la capacidad de participar en la sociedad del futuro”. Por tal motivo, cada vez son más las instituciones y organismos internacionales que enfocan su mirada a este sector poblacional, como la Organización Mundial de la Salud, la Organización Panamericana de la Salud, la Organización Iberoamericana de la Juventud, el Portal de Juventud para América Latina y El Caribe y el Portal Europeo de Juventud, por mencionar algunos, donde se asume como objetivo común el combatir los problemas que se presentan en esta etapa de la vida mediante la propuesta de programas de prevención e intervención.

En México, el organismo que centra los programas enfocados a la población adolescente es el Instituto Mexicano de la Juventud el cual tiene como premisa básica, en su Plan de Desarrollo 2007-2012, la búsqueda del Desarrollo Humano Sustentable “consistente en crear una atmósfera en que todos puedan aumentar su capacidad y las oportunidades puedan ampliarse para las generaciones presentes y futuras” (Instituto Mexicano de la Juventud, 2008, p.71). Los servicios que brinda actualmente el Instituto Mexicano de la Juventud son: promoción de convocatorias dirigidas a los jóvenes; boletines y comunicados sociales; centro de documentación donde se tiene el acceso a libros, revistas e investigaciones científicas relacionadas con los jóvenes y adolescentes; dispone de una bolsa de trabajo y servicio social; brinda servicios de atención psicológica y bufete jurídico. Todos estos servicios tienen el fin de apoyar a la población joven de México, ofreciendo estas prestaciones en las diversas instancias Estatales.

Entre las principales circunstancias que describen la situación actual de la población juvenil en México se encuentra: el desempleo, el aislamiento, la ausencia de garantías legales y el deterioro de los modelos normativos necesarios para el ejercicio de sus derechos, la pobreza y la diversidad social de los jóvenes.

Durante este periodo, surgen distintas problemáticas entorno a los y las jóvenes como el consumo de drogas legales e ilegales, embarazos a temprana edad, violencia de género y problemas familiares, por mencionar algunos. Los esfuerzos que se han realizado para prevenir e intervenir en las distintas problemáticas han sido muy notables, sin embargo no puede ponderarse su eficacia, eficiencia y calidad al permanecer aislados y sometidos a las inercias propias de una organización administrativa que pasa por alto los retos que la realidad social le impone (Gil, 2008).

Etimológicamente el término adolescencia representa la edad del cambio: proviene del latín *ad*: a, hacia y *olescere*, de *olere*: crecer (Velasco, 2002), se define como una etapa con un comienzo y duración, que marca el final de la niñez y crea los cimientos de la edad adulta. La adolescencia es una etapa de transición entre la infancia y la edad adulta (Marcelli & Braconnier, 2005). La primera teoría psicológica publicada sobre adolescencia fue a principios del siglo XX por Stanley Hall (1904), constituyéndola como un hito fundamental para el estudio de la adolescencia. Para Hall, la adolescencia es una edad especialmente dramática y tormentosa en la que se producen innumerables tensiones, con inestabilidad, entusiasmo y pasión, en la que el joven se encuentra dividido entre tendencias opuestas. Además, la adolescencia supone un corte profundo con la infancia, es como un nuevo nacimiento (tomando esta idea de Rousseau) en la que el joven adquiere los caracteres humanos más elevados (Delval, 2008).

No obstante, en las últimas décadas la visión de la adolescencia como un periodo estresante y tormentoso ha sido sustituida por una visión que define la adolescencia como un periodo de desarrollo positivo durante el cual el adolescente se enfrenta a un amplio rango de demandas, conflictos y oportunidades (Compas, Hinden & Gerhardt, 1995). Si bien las teorías clásicas han brindado un gran esquema para la comprensión de la adolescencia, la intención de este apartado es indagar en cuestiones relacionadas con las diferencias individuales.

Las dos grandes miradas de estudio que ha tenido la adolescencia son desde el punto de vista biológico-fisiológico, definida sobre todo por los cambios corporales en relación a la edad; y el punto de vista del desarrollo cognitivo o intelectual, enfocados a la adquisición de un razonamiento social.

Según las concepciones más actuales, la adolescencia puede retardarse de manera progresiva y continua, la adolescencia es el periodo de los 12 a los 20 años de edad, suele dividirse en tres etapas (Musitu & Cava, 2001): “primera adolescencia de los 12 a los 14 años, adolescencia media de los 15 a 17 años y adolescencia tardía de los 18 a los 20 años”. Durante la primera adolescencia se producen la mayor parte de cambios físicos y biológicos; la adolescencia media está caracterizada por los cambios bruscos y frecuentes del estado de ánimo, y etapa en la cual se incrementa la implicación en conductas de riesgo; por último, la adolescencia tardía que cada vez se alarga más ya que los jóvenes deciden dejar el hogar de los padres a mayor edad.

Jeffrey Jensen Arnett (2004, p. 4) denominó el termino de adultez emergente como: “una etapa más, la cual se refiere a los jóvenes que deciden independizarse o casarse a mayor edad, y siguen expuestos a conductas riesgosas características de la adolescencia, los cuales son cada vez en mayor número en nuestras sociedades”. De tal modo, la adolescencia es un periodo de cambios caracterizado por las numerosas transformaciones que el individuo debe afrontar. Estas transformaciones se pueden clasificar en tres notables áreas: desarrollo físico-biológico, desarrollo psicológico y desarrollo social.

A la familia se le han atribuido tradicionalmente diversas funciones, entre las que destacan las siguientes: productiva, protectora, educativa, económica, religiosa, reproductiva, afectiva sexual, recreativa y de control, sin embargo estas funciones se han ido modificando con el paso del tiempo, donde parecen tener más fuerza las funciones económicas, educativas, sociales y afectivas (Marina, 2004). La familia es considerada como el agente más importante de transmisión de valores y principios, el núcleo que da sentido a la sociedad; todo ello con independencia de los diversos modelos familiares que pueden ser considerados (Megias & cols., 2002).

Cuando la familia se encuentra con hijos en la etapa adolescente se da una situación peculiar debido a que se tiene que buscar un equilibrio familiar, para poder sincronizar la tendencia del sistema hacia la unidad, al mantenimiento de lazos afectivos y al sentimiento de pertenencia por una parte, y la tendencia hacia la diferenciación y la autonomía de los miembros singulares, por otra (Minuchin, 1974).

El contexto familiar mantiene la premisa básica de que el desarrollo de sus integrantes está influido por la calidad de las relaciones entre padres y adolescentes (Honess & Robinson, 1993). La calidad de estas relaciones determina, en buena medida, cómo los jóvenes negocian las principales tareas de la adolescencia, la postura en que se encuentran implicados en problemas comportamentales y la habilidad de establecer relaciones íntimas significativas y duraderas fuera del contexto familiar. En muchas ocasiones se producen desavenencias y conflictos dentro del ámbito familiar, pero hay que considerar que el hecho de que los adolescentes tengan distintas opiniones sobre cuestiones particulares en el ambiente familiar no es algo necesariamente negativo, sino que hay que valorarlo como una parte más del proceso de construcción de su propia identidad personal (Musitu & Cava, 2001).

La importancia de la familia es innegable, resulta complicado hacer una definición debido a que se encuentra en constante debate, sobre todo cuando se reconocen las variaciones históricas y culturales, así como la diversidad familiar para exponer una sola definición que abarque la gran variedad de tipologías familiares. En los años 50 los estudiosos de las ciencias sociales fueron los primeros en aportar definiciones de familia, Lévi-Strauss (1949) atribuía a la familia como grupo social, tres características generales como rasgos esenciales: (1) tiene origen en el matrimonio, (2) está formada por el marido, la esposa y los hijos nacidos del matrimonio y (3) sus miembros están unidos por obligaciones de tipo económico, religioso y educativo, por una red de derechos y prohibiciones sexuales y por vínculos psicológicos y emocionales como el amor, el afecto, el respeto y el temor. Años más tarde, Gough (1971) define la familia como “una pareja u otro grupo de parientes adultos que cooperan en la vida económica y en la crianza y educación de los hijos, la mayor parte de los cuales o todos ellos utilizan una morada común”.

Además de estos rasgos definitorios prevalecen otros aspectos esenciales por descubrir de la idea de familia. La familia es la única institución que se encuentra presente en todas las sociedades conocidas, desde la más desarrollada hasta la más primitiva. En la familia, existe un sistema de obligaciones y derechos que no está controlado externamente, sino que se rige por los miembros que la constituyen.

Más recientemente, Giddens (1991) considera la familia como un grupo de personas ligadas por nexos de parentesco, cuyos miembros adultos asumen la responsabilidad del cuidado y educación de los hijos, y Fernández de Haro (1997) señala que se trata de una unión pactada entre personas adultas con una infraestructura económica y educativa que facilita el desarrollo social de los hijos y que, generalmente, conviven en el mismo hogar.

Las definiciones antes descritas admiten que las funciones básicas y universales de la familia derivan del campo biológico y se integra en los niveles cultural y social, constituyéndose en una unidad cooperativa que se encarga de la supervivencia, el cuidado y la educación de los hijos. Estos aspectos podrían verse reflejados en la mayoría de las familias, sin embargo hay elementos que se ubican en la idea de familia tradicional, dejando fuera otros tipos de familia que a su vez varían debido a las funciones que se modifican histórica y culturalmente.

Otro aspecto al cual se otorga gran importancia es el tipo de relaciones que se establece entre los miembros, que considera a la familia como un sistema de interacciones fundamentalmente afectivas entre las personas que la integran. Los lazos familiares implican un sentido de responsabilidad interpersonal y obligación hacia los otros más fuertes que las obligaciones impuestas por otros sistemas formales, tendiendo a la cooperación en oposición a la competitividad y el logro individual (Estévez, Jiménez & Musitu, 2007). Desde este punto de vista, la familia ha sido definida como “un sistema de relaciones fundamentalmente afectivas en el que el ser humano permanece largo tiempo, y no un tiempo cualquiera de su vida, sino el compuesto por fases evolutivas cruciales como la infancia y la adolescencia” (Nardone, Giannotti & Rocchi, 2003).

Un aspecto más a considerar cuando se profundiza el tema de la familia, son los distintos estilos de socialización familiar o parental que nos ayudan a comprender cómo se determinan las formas de educación y comportamiento dentro y fuera del ámbito familiar. El estilo parental puede definirse como “una constelación de actitudes hacia el hijo que, consideradas conjuntamente crean un clima emocional en el que se expresan las conductas de los padres” (Musitu, 2002). La mayoría de las investigaciones acerca de los estilos parentales destacan dos factores que explican la mayor parte de la variabilidad de la conducta disciplinar, y aunque cada autor utiliza distintos términos, la similitud de las dimensiones propuestas es notable, pudiendo unificarse en los términos: apoyo parental (afecto y cariño versus hostilidad) y control parental (permisividad versus rigidez).

El apoyo parental es descrito por Musitu y Molpeceres (1992) como la conducta manifestada por un padre o madre hacia su hijo que hace que este último se sienta cómodo en presencia de él, confirmando que es aceptado y aprobado como persona. Por otra parte, el control o intento de control parental se refiere al grado de esfuerzo que el padre o madre hace por influir en su hijo, más incluso que el grado de control realmente logrado (García, 2004).

En función de estos dos factores, se han descrito distintas tipologías de estilos disciplinares para, a partir de ellas, poder analizar los antecedentes y consecuentes de las diversas formas de socialización en los hijos.

La escuela constituye un importante escenario cuya influencia en el desarrollo se lleva a cabo a través de la educación formal, y donde los procesos de enseñanza- aprendizaje ocurren entre un emisor concreto -el profesor- y un receptor específico -el alumno-, en torno a unos determinados contenidos y actividades que conforman el currículum (Pinto, 1996). Sin embargo, definir la escuela únicamente desde el punto de vista académico sería un reduccionismo. La escuela representa, además, la primera institución formal de la que niños y adolescentes forman parte, así como el contexto donde las personas aprenden importantes pautas de relación con su grupo de iguales y establecen vínculos de amistad (Fernández Ríos & Rodríguez, 2002; Gracia & Musitu, 2000; Musitu, 2002; Ovejero, 2002; Palacios, 1999). En este sentido, la incorporación de los niños al sistema educativo no sólo incide en el mantenimiento de unas rutinas (horarios de sueño, de comida, de actividades...), sino también proporciona la influencia de otros adultos y de otros iguales y contribuye a la formación de patrones de interacción que los niños y adolescentes utilizan en sus relaciones sociales. La educación formal (aquella que tiene lugar en la escuela) tiene como función fundamental la transmisión de habilidades y la creación de procesos de andamiaje a partir de los cuales el sujeto se comporta de un modo competente en ambientes significativos.

En este proceso formativo, la escolarización debe guiar al estudiante en la consecución de cinco metas fundamentales: (a) convertirse en una persona intelectualmente reflexiva, (b) estar preparado para el compromiso en el mundo laboral, (c) cumplir con sus deberes de ciudadano, (d) formarse como una persona éticamente comprometida y (e) convertirse o seguir siendo una persona física y psicológicamente saludable (Feagans & Bartsch, 1993). Las herramientas que posibilitan el cumplimiento de esta función socializadora son las prácticas educativas. A través de estas prácticas los miembros de una comunidad aprenden un conjunto de conocimientos, habilidades, etc., organizados culturalmente, valorados en un momento histórico determinado (Vila, 1998) y que facilitan la integración de los miembros de la comunidad en los grupos sociales en los que viven (Marín, 2003).

La educación formal es un proceso caracterizado por las interacciones sociales en un medio social más general que tiene, a su vez, una destacada función social (Ovejero, 2003). La función social de la educación pretende satisfacer las necesidades individuales y sociales del ser humano, al tiempo que se afianzan los principales rasgos de la cultura de una sociedad que permiten la continuidad de la misma.

El clima está constituido por el ambiente percibido e interpretado por los miembros que integran una organización (en este caso la escuela) y, a su vez, ejerce una importante influencia en los comportamientos desarrollados por los individuos en ese contexto, así como en su desarrollo social, físico, afectivo e intelectual (Martínez, 1996; Schwarth & Pollishuke, 1995). El clima social, por tanto, hace referencia a las percepciones subjetivas y al sistema de significados compartidos respecto de una situación concreta, que en el caso de la escuela se traduce en la percepción compartida que tienen profesores y alumnos acerca de las características del contexto escolar y del aula (Trickett & cols., 1993). El clima social del aula se compone de dos elementos fundamentales: el funcionamiento y la comunicación. El funcionamiento hace referencia al tipo de regularidades que podemos observar en la forma de organizar las clases, a la claridad de las reglas establecidas en el aula y su conocimiento en la comunidad escolar, así como a la vinculación afectiva entre profesores y alumnos. La comunicación es una dimensión facilitadora que conforma el clima general en el cual se interpretan las interacciones en la escuela y en el aula; es decir, constituye un marco interpretativo de las dinámicas de la escuela y del aula, desde el cual se pueden introducir cambios y reajustes en el funcionamiento (Cava & Musitu, 2000).

Posterior al análisis de los elementos antes mencionamos podemos identificar la importancia de los elementos familia y escuela en la construcción del desarrollo personal de adolescentes, áreas de estudio significativas para el presente trabajo. Actualmente nos encontramos en la fase de construcción del modelo de análisis de estas áreas; integrado por elementos mixtos (cualitativos y cuantitativos) para la recolección de datos en las áreas antes mencionadas, la identificación de elementos de resiliencia como un factor significativo en la capacidad de los adolescentes para reconstruirse y rediseñarse asertivamente después de eventos adversos y el factor soledad como un medio de contraste que hemos seleccionado en nuestro estudio.

Referencias

- Antona, A., Madrid, J. & Aláez, M. (2003). Adolescencia y Salud. Papeles del Psicólogo, 84, 45-53.
Arnett, J. (2004). Emerging Adulthood: The Winding Road From the Late Teens Through the Twenties. New York: Oxford University Press, Inc.
Burth, R. M., (1998). Why should we invest in adolescents? ¿Por qué debemos intervenir en el adolescente?. Washington, D. C.: Organización Panamericana de la Salud.
Cava, M.J. y Musitu, G.(2000). Perfil de los niños con problemas de integración social en el aula. *Revista de Psicología Social*, 15(3),319-333.

- Compas, B. E., Hinden, B. R. & Gerhardt, C. A. (1995). Adolescent development: Pathways and processes of risk and resilience. *Annual Review of Psychology*, 46, 265-293. En: Jiménez, T. (2006). Familia y problemas de desajuste en la adolescencia: el papel mediador de los recursos psicosociales. Tesis Doctoral. Universidad de Valencia.
- Delval, J. (2008). *El desarrollo humano*. 8va. Impresión. Madrid: Siglo XXI.
- Estévez, E., Jiménez, T. I. y Musitu, G. (2007). *Las relaciones entre padres e hijos adolescentes*. Valencia: Nau Llibres.
- Fernández de Haro, E. (1997). Intervención psicoeducativa en la familia. En M. Moreno, *Intervención psicoeducativa en las dificultades del desarrollo*. Barcelona: Ariel.
- Fernandez Rios, L. y Rodriguez, F. J. (2002). La prevención de la violencia: Hechos y mitos. *Psicothema*, 14 (supl.), 147-154.
- Giddens, A. (1991). *Sociología*. Madrid, Alianza.
- Gil A., M. (2008) Evaluación 2007 Programa de Atención a la Infancia y Adolescencia. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- Gough, E.K. (1971). The origin of the family. *Journal of Marriage and the Family*, 33, 760- 771.
- Instituto Mexicano de la Juventud (2008). Encuesta Nacional de Violencia en las Relaciones de Noviazgo 2007. Resumen Ejecutivo. México.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI (2006). II Censo de Población y Vivienda 2005. Tabulados Básicos de los Estados Unidos Mexicanos. Tomo 1. México.
- Lévi-Strauss (1949), *Las estructuras elementales del parentesco*: 41
- Nardone G., Giannotti E., Rocchi R., 2003 – Modelos de Familia – Ed. Herder, Barcelona, España.
- Marcelli, D. & Braconnier, A., (2005). *Psicopatología del adolescente*. 2da. Edición. Barcelona: Masson.
- Marina, J. A. (2004). La familia: un modelo para armar. II Congreso La Familia en la Sociedad del Siglo XXI. Madrid.
- Martínez, 1996; Schwarth & Pollishuke, 1995 – Relación entre el clima familiar y el clima escolar: el rol de la empatía, la actitud hacia la autoridad y la conducta violenta en la adolescencia. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy* 2009, 9, 1, 123-136
- Megías, E., Elzo, J., Rodríguez San Julián, E., Navarro, J., Megías Quirós, I. & Méndez, S. (2002). *Hijos y padres: Comunicación y conflictos*. Madrid: FAD.
- Minuchin, S. (1974). *Families & Family Therapy*. Estados Unidos de América: Harvard University Press.
- Musitu, G. & Cava, M. J. (2001). *La familia y la educación*. Barcelona: Octaedro.
- Musitu, G. y Molpeceres, M.A. (1992). Estilos de socialización, familismo y valores. *Infancia y Sociedad*, 16, 67-102.
- Organización Mundial de la Salud (1997) *Actividades a favor de la salud de los adolescentes*.
- Ovejero, A. (2003). Importancia de las dimensiones psicossociológicas en el ámbito educativo.
- PNUD (2014). Informe sobre el desarrollo humano 2014.
- Rodríguez R., M. (2003). Necesidad de creación de unidades de adolescencia. *Anales de Pediatría*; 58(Suplemento. 2), 104-106.
- SEP, Sistema Interactivo de Consulta de Estadística Educativa (en línea) 2010. (consultado el 7 de Diciembre) También disponible en: <http://planeacion.sep.gob.mx/principalescifras/Default.aspx>
- Velasco, L. (2002). Desarrollo biopsicosocial del adolescente: tareas, metas y logros (pp. 11- 25). En: Monroy, A., (2002). *Salud y sexualidad en la adolescencia y juventud*. México: Editorial Pax.
- Vila, I. (1998). *Familia, escuela y comunidad*. Barcelona: Horsori.